

Xan de Masma reseña *A Campaña da Caprecórneca*

Patricio Delgado Luaces, alcumado literariamente como Xan de Masma, reseñou nas páxinas da revista habaneira *Follas Novas* a novela *A Campaña da Caprecórneca*. Xan de Masma foi outros dos grandes escritores galegos –e en galego– da nosa emigración.

Contidos:

- *Follas Novas*, nº 84, 8 de xaneiro de 1899, p. 1-2



CONSELLO DA CULTURA GALEGA
Arquivo da Emigración Galega

D. LUIS OTERO PIMENTEL Y SU «CAMPAÑA DA CAPRECÓRNECA»

Nunca con más gusto cogimos la pluma para llenar unas cuartillas.

No vamos á consagrar unas líneas á un jefe de ese ejército que abandona estas playas porque así lo quiso la suerte y porque á eso lo obligan los *mercaderes* de la Patria; no vamos tampoco á ejercer de críticos por temor de convertirnos en Zoílos; vamos sencillamente á rendir al mérito nuestro humilde tributo de admiración, porque escita más en nosotros esta facultad él que todo se lo debe a sí mismo, que aquel que como Marco Aurelio puede dar gracias á los dioses –«por haberle concedido medios de fortuna para tener maestros»–.

Nadie como nosotros ha sentido amor al uniforme de soldado. Lo hemos llevado con placer y con honor. Nadie ha sentido más sus desventuras; nadie ha deplorado que en tiempo de paz se dediquen, la mayor parte de sus oficiales al *dolce far niente*; nadie nos ha superado en deseos de que no se dedicasen, aun siguiendo el ejemplo del ejército portugués, al estudio, especialmente de los idiomas extranjeros, porque la guerra de hoy no es como la de ayer, y el progreso marcha y el que se detiene es arrollado por la corriente; y porque todo esto sentimos, por tal razón admiramos al pobre quinto que henchida el alma de santos ideales abandona la humilde aldea donde habitan sus afligidos padres y emprede con anelo y tesón la difícil senda que conduce á la posición y al honor, sin más apoyo que el de su propio valor.

Apenas tratamos aquí al señor Otero, pero había mucho tiempo que si personalmente no lo conocíamos, sonara su nombre en nuestros oídos y excitara nuestra atención por sus escritos.

Van pasados cuatro lustros desde que vencidos y humillados pisamos estas riberas huyendo de tanta miseria y podredumbre como en España existe desde que, reyes que reinan y no gobiernan, tienen que consentir y autorizar las mezquinas luchas de los que al pueblo engañan y con su sangre engordan.

Por aquel entonces dió el Sr. Otero á la imprenta sus «Semblanzas caballerescas» y confesamos que con desconfianza, porque –«nunca segundas partes fueron buenas»– cogimos el libro en nuestras manos, más bien porque se trataba de un autor gallego.

Pero leímos sus páginas y cambió nuestra opinión. Sus profundos pensamientos políticos; sus finas sátiras de los cuadros sociales de actualidad y la elegancia y pureza de su lenguaje, y profesando aquel axioma de que –«la prosa, que, además de carecer de conexión lógica, no tiene ni ideas ni imágenes, queda reducida á su simple ruido con honores de gruñido»– y viendo en el libro las tres cualidades de *naturalidad*, *argumento* y *objeto*, lloramos, una vez más, que hombres que, como el Sr. Otero, piensan y sienten *hondo*, sigan defendiendo con su espada, ese letal doctrinarismo que nos ha anulado ante el concierto de las naciones, y atrofiado por completo los hidalgos sentimientos que hicieron de los españoles prototipo de los caballeros.

* * *

Perdónenos nuestros lectores que tanto hayamos hablado de un libro publicado por el Sr. Otero hace muchos años, sin hacerlo del que publica ahora y que motiva este artículo.

Pero siguiendo el principio de que *nihil novum sub sole*, y de que por lo tanto los hombres nada inventan y no hacen más que ir descubriendo día por día los arquetipos puestos por Dios á la humana mente, el Sr. Otero piensa hoy como pensaba entonces; es decir, piensa con más reflexión que en aquella edad en la cual la ardiente savia de la juventud no dejaba sazonar los frutos de la madurez y hoy como ayer emplea su inteligencia en fustigar á los –«brujos, brujas, judíos, moros, ladrones y urureros»– que no de otra cosa se componen hoy día nuestras clases directoras.

Aquel párrafo del Capítulo II donde pone por encima de la elocuencia de muchos diputados los mudos consejos del caballo y el perro que acompañan al *bígamo* amante de Marica y Maripepa; aquel discurso donde ó *demo mayor* apostrofa á su mujer por las interrupciones parecidas á la de los mismos en el Congreso, ¿no hablan bien claro y alto de lo poco en que tiene las alharacas de nuestros parlamentarios?

Aquel párrafo donde ó *mesmo demo* confesó que por la vez primera en su vida se encuentra de acuerdo con su mujer, ¿no es una fina sátira contra la disparidad de pareceres que reina en los matrimonios efecto de la superficial educación que convierte á nuestra bella mitad en entes llenos de frivolidad? Aquel en donde asienta «que en la tierra ó *que mais pode mais colle*»; aquellos versos donde describe la paz y las delicias que se disfrutaban en la luna, en contraposición con los horrores y miserias que afligen á este bajo suelo; aquellos locos de soberbia; aquella pintura de la tranquilidad con que duerme el que se contenta con un mediano bienestar; aquella punzante sátira con que alude á los que miraban porque miraba la reina, pareciéndose á aquel tirano de Siracusa que porque era cojo todos los cortesanos cojeaban; el interés y atención con que *as meigas británicas* se fijaban en las Canarias y las Baleares; todo el libro, en fin, ¿no proclama muy alto que el señor Otero es un pensador?

Ahora bien, si este pensador fué un humilde soldado que vino al ejército con escasa instrucción, y con la constancia y el estudio fué elevándose á la posición honrosa de jefe, hasta ostentar una preclara hoja de servicios donde figuran, no solo los de guerra, sino los más difíciles de la compleja ciencia de administrar, ¿se nos podrá tachar en este artículo de escritores *turiferarios*?

* * *

¡Sí, querido paisano! habéis sentido y escrito vuestra novela en esa dulce lengua que oímos de niño cuando nuestra alma estaba saturada de la pastoril poesía de aquellos incomparables valles y montañas; nos habéis hablado de aquellas supersticiones que forman, por así decirlo, el alma de nuestros campesinos; habéis evocado el recuerdo de aquellos peligros corridos en las *monterías*. ¡Dios os pague el bien que nos habéis hecho!

Al partir de esta tierra, de donde es vuestra esposa y son vuestras hijas; al haber aquí gobernado pueblos; al tocar aquí de cerca las necesidades que aquejaron este país y que algunos digimos á nuestros gobernantes en todos los tonos; al decir adiós á la hermosa Cuba, a la cual no volveréis al menos vestido con vuestro uniforme, ¿no habéis llorado?

Nosotros os hemos visto partir con lágrimas en los ojos y luto en el corazón. Os ausentábais y con vos esa bandera que nos cobijó en la cuna y en nuestra vida hasta ayer; que no cobijará, tal vez, nuestra sepultura.

Somos de los pobres y humildes como fuistéis vos; somos de aquellos que arrojan de ahí los judíos, ladrones y usureros que no otra cosa son los *caciques* de todos los matices que aniquilan á la infeliz Galicia. Váis á vivir en esa atmósfera corrompida por los desleales, los perjuros; puede llegar un día en que vuestra conciencia luche con lo que creáis vuestro deber. Acordaos entonces de lo que aquí escribísteis y pensásteis y no seáis verdugo de vuestros hermanos.

Ahora concluimos felicitando á los señores Ramil y Cea, editores del libro, por sus esfuerzos en pro de la regeneración de Galicia. Sabemos la poca recompensa que nuestros hermanos aquí les conceden y, por lo tanto, son más meritorios sus sacrificios.

P. DELGADO.

Enero de 1899.